DOCE DE OCTUBRE

Fiesta de la Raza. Al instituir la, quedó reflejada la idea, el feliz pensamiento de estrechar los lazos de afinidad espiritual que nos unen a nuestros hermanos de raza en aquel continente que tan injustamente lleva el nombre de *América*. Países que son hijos de España, con un mismo idioma y un mismo amor a la Patria.

Justa es la emoción que sienten los españoles todos al evocar en fecha tan destacada como la Fiesta de la Raza, aquel hecho maravilloso del descubrimiento de un nuevo mundo, que echó por tierra las teorías y sofismas del siglo XV, desvaneciendo la idea de que el planeta no era esférico, cuando aún no se habían descubierto las leyes de la gravedad específica y de la gravitación central.

Cuando se celebraban fiestas populares en toda España, cuando el espíritu se sentía embargado por el regocijo de la noticia de la conquista de Granada por los Reyes Católicos, ¿quién iba a pensar que aquella conquista iba a resultar insignificante, junto a la de un mundo para la Corona? Un hombre modestamente vestido, pobre y cansado, enviado por la Providencia, caminaba hacia España, procedente de Portugal, en el año 1485. En su porte, de majestuosa presencia, de expresiva y noble fisonomía, revelaba que no era un viajero vulgar. Pidió asilo en el convento de *La Rábida* y, pronto, hizo sus confidencias al Padre Fray Juan Pérez de Marchena, que lo acogió con dulzura y fué su protector más decidido, al enterarse de la misión que le traía a España.

Después de muchas vicisitudes y contrariedades, consiguió ser recibido por aquella Reina de feliz memoria: *Isabel la Católica*. Aquel insigne geógrafo que vivía pobremente con el producto que le proporcionaba la venta de dibujos y el levantar Cartas Geográficas, y cuyos mapas le iban dando gran reputación entre los sabios, vió lograda su aspiración de hacerse a la mar en busca de un nuevo mundo. La Reina venció todas las dificultades con su energía y con la esperanza de ver difundida la luz del Evangelio por extrañas tierras, pese a las intrigas de la Corte.

En aquella fecha, la navegación carecía de medios técnicos para orientarse ya que sólo contaba con la aplicación del astrolabio y la llamada aguja de marear, que acababa de inventarse. Con sus tres carabelas salió Cristóbal

LEYENDA

¿Conoceis lo que representa en la Historia la batalla del Salado? Acaso, no... pues yo procuraré explicároslo lo más brevemente que pueda, a fin de encajar, después, un pequeño episodio de aquel magno combate, episodio de pequeña importancia tal vez dentro de la magnitud de hecho tan transcendental en el ciclo de la Historia, pero tan interesante, al menos, desde el punto de vista local y nuestro en la historia de esta ciudad en la que radicamos.

Reinaba en Castilla, que entonces era como España en toda su plenitud, el gran Rey Alfonso XI, y desde los tiempos gloriosos de Fernando III el Santo y su hijo Alfonso X el Sabio no se había sentado en el trono monarca más entusiasmado de acabar con el poderío musulmán y más animado a llevar a cabo la empresa de batir al infiel en sus últimos baluartes, baluartes que habían de permanecer inconquistables hasta más de un siglo más tarde, cuando Dios dispuso que amaneciera el claro sol de los Reyes Católicos, que el animoso hijo de Fernando IV. Pero coincidió su reinado con el imperio africano de los Beni-Merines, que, como en otro tiempo los almorávides y después los almohades, tras dominar el Norte de Africa, pretendían extender su imperio transitorio a la fertilísima y rica España. Y así, el choque era inevitable, y no podía retrasarse el momento en que las dos potencias, belicosas ambas y deseando las dos por encima de todo, el dominio del Estrecho, llegaran a enfrentarse en el campo de batalla, para medir sus fuerzas. Vino Abu-l-Hassam, príncipe de aquellas tribus africanas, llamado por el Rey de Granada Yusuf ben Ismail, a fin de vencer entre los dos el poderío imperante del Rey cristiano, y desembarcó en las playas de Algeciras, sitian-